

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Escrito por

Jesús José Camacho Lucas-Torres

@chexual



capítulo uno

AVISO +18

Esta lectura contiene lenguaje explícito y escenas que podrían herir su sensibilidad.

ANTES DE EMPEZAR

Las páginas que se dispone a leer deben considerarse un ejercicio creativo en clave de novela motivado por ningún otro interés que la pasión y la creación en sí. Se basan en la saga de videojuegos Metroid, cuyos derechos pertenecen a Nintendo. Para su confección se han tenido en cuenta recursos tanto de los juegos como de otras obras de arte canónicas y no canónicas.

**sigue al autor en sus redes sociales para estar al tanto de las últimas novedades
@chexual**

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Jesús José Camacho Lucas-Torres

Un escritor no es nada sin sus lectores. Si has disfrutado de esta lectura, recomiéndala. Pásasela a un amigo, compártela en tus redes sociales o cuéntame qué te ha parecido, seguro que tienes muchas cosas que decir. Ayuda a que esta comunidad crezca y permanece al tanto de todas las novedades en **@chexual**.

La historia del Mundo Agrícola se erigió sobre cenizas. Calor, sudor, y sangre. Los agricultores no habían visto otra cosa, y a pesar de todo allí seguían. Trabajando. Un pueblo altruista, humilde y orgulloso como tantos otros. Putos tarados.

Los pueblos gustan de presumir valores similares, ensalzan la abnegación que raya en esclavitud moral y se vanaglorian del yugo que soportan porque el bien común les une y ser necesarios los destaca. Ese era su dogma y su ancla, y la única razón por la que todavía no se habían marchado del infierno. Eran necesarios.

Así se lo habían enseñado a Jack Pierce, durante toda su vida aunque nunca tan claro, pues el sometimiento avergüenza si se expresa en voz alta. El orgullo, mejor clandestino, no vaya a confundirse con vanidad. Así lo recordaba mientras volvía a casa a almorzar, enfundado en su traje frigorífico después de supervisar las podas en la plantación de vid austral, y así intentaba él transmitírselo a sus hijos, confiando en que, de hacerlo bien, conseguiría que encontrasen algo de sentido a sus labores en aquel exilio voluntario, ya fuese engañándose a sí mismos o madurando una satisfacción genuina por la agricultura.

No les había ido mal. Tenían estabilidad, familia, dinero. Un rancho que podría ser una aldea y que desde su establecimiento generaciones atrás no había dejado de sumar parajes hasta convertirse en una de las mayores granjas del planeta. Si seguían en el infierno era porque las llamas eran de oro.

Así habían crecido sus hijos; doblando el espinazo, sí, pero con rodilleras, y eso lo inquietaba. Sobrevivir es un trabajo sin facilidades, y todo lo que habían construido se podía venir abajo por una mera imprudencia, algo a lo que su prole se inclinaba con cierta despreocupación.

Atravesó la puerta de la cúpula y se quitó la escafandra. Dejó su montura en manos de un bryyo'mak y enfiló el camino a casa, aunque se detuvo observando la parsimonia con que la cleoptra se dejaba dirigir hacia los establos. Llevaba varios años en contacto con las gentes de Bryyo. Se alegraba de poder llamar amigos a algunos de ellos, y todavía no había perdido un ápice de la fascinación que sintió cuando vio al primero. Se trataba de reptiles inteligentes de seis extremidades con largas melenas pardas que se extendían a lo largo de su lomo. Eran empáticos, atentos, y sentían un profundo respeto por la conservación de la naturaleza y sus criaturas, algo que las bestias del rancho percibían de manera casi extrasensorial. Adoraban el fuego y soportaban bastante bien el calor, no en vano por su planeta natal corrían ríos de gel fuel. Bryyo estaba inmerso en una guerra civil desde antes de que la Federación se asentase en Norion. Los chozo habían participado en el conflicto, pero la humanidad decidió no tomar parte más allá del aporte de ayuda humanitaria y abriendo las puertas a cualquier reptilicus (así se referían a su especie antes de entablar contacto con ellos) que quisiera huir del horror. Mundo Agrícola necesitaba mano de obra resignada y resistente, y pronto fue el destino prioritario al que la Federación destinaba a los refugiados bryyo'mak.

Los pocos trabajadores que había bajo la cúpula a esa hora saludaban a Jack a su paso levantando la cabeza o llevándose una mano al sombrero. Los niños que eran demasiado pequeños para ir a la escuela se entretenían jugando con las gallinas mientras sus padres tendían la ropa tras el cristal del porche y sus madres enjabonaban las paredes de sus casas, que nunca estaban lo suficientemente limpias debido a la polvareda que levantaban los pies en aquella tierra tan trillada.

Su perro Sidon, un cruce de collie merlé con el pelo blanco moteado y ojos de distinto color, corrió hacia él en cuanto lo vio. Ya tenía algunos años, y cojeaba, pero seguía esforzándose por hacer alegrías a quien quisiera recibirlas. Dio vueltas a su alrededor y saltó apoyándose en sus piernas hasta que Jack se agachó para acariciarle. Le lamió la mano, y luego se acercó a una mujer que amamantaba a un bebé sentada a la sombra de su cabaña mientras dos niñas que no tendrían más de tres años comían galletas de chocolate. Se sentó entre ellas y, con el hocico, empujó a una en el brazo y puso la pata sobre su rodilla, pidiéndole un poco. La mujer se rio y les dijo a las niñas que le diesen una, pero Jack les advirtió que el chocolate le sentaba mal, así que a cambio le dieron unas buenas caricias y se tumbaron sobre él a dormir.

La mansión Pierce, como sus empleados y el resto de la colonia la conocían, era la edificación privada más grande de la Isla de Balfour. Se

había ganado el apodo por un capricho de su tía Amadea, la cuñada de su padre, que había insistido en instalar un porche de madera auténtica, importada de la Tierra, en la fachada principal de la casa, aunque ya era llamativa antes. Tenía dos plantas sobre el nivel del suelo, algo con lo que ningún edificio del rancho contaba, y ventanas de cristal para que entrase luz natural. El porche era un alarde innecesario de opulencia, nada del gusto de Jack, y desentonaba con el resto de la casa, que era de metal como todas las demás. Sin embargo la madera era cara y escasa, y creía irresponsable retirarla sin que se le pudiera dar otro uso.

Al heredarla, Jack compró las partes de sus hermanos y sus primos y se instaló allí con su mujer, Grace, a solas. Lo cierto es que les sobraba espacio, pero lo preferían. Crecer con sus primos había sido lo suficientemente traumático como para no hacerle lo mismo a sus propios hijos.

Cuando subía las escaleras del porche, que crujió bajo su peso, un griterío lejano le hizo darse la vuelta. Escuchó la voz rasgada de un reptilicus gritando su nombre mientras corría.

— ¡Señor Pierce, cuidado!

Una cleoptra frenética galopaba sin control levantando la arena tras de sí. Había varios bryyo'mak persiguiéndola a pie, también algunos humanos montados haciendo bailar sus lazos en el aire y lanzándolos sin resultado. Los veía hablar, pero no acertaba a escucharlos porque los bramidos de la cleoptra los eclipsaban. Era un sonido chirriante que no emitían para comunicarse, sino que se debía al movimiento de sus articulaciones y al choque de sus miembros contra los segmentos de exoesqueleto al moverse de forma errática a tal velocidad.

Jack acudió corriendo, agitando los brazos impetuosamente con la intención de asustarla y así obligarla a detenerse el tiempo suficiente para que la pudiesen capturar, dispuesto a lanzarse a un lado si el animal no cambiaba su rumbo. La tenía casi encima cuando, al girar, sus patas patinaron sobre el polvo y perdió el equilibrio. Cayó al suelo con un ruido sordo, y la inercia la hizo dar varias vueltas sobre sí misma hasta chocar con el porche de su casa. Pudo apartarse por los pelos.

— ¡Jack! ¿Estás bien?

G'ne se acercó a él jadeando. Era uno de los reptilicus que más tiempo llevaban en la granja, casi treinta años. Su pelo, antaño rojo como el fuego, había dejado a la vista una espalda gris y endurecida, y el poco que le quedaba en la cabeza había perdido su vigor y colgaba lacio y cada vez más canoso. Le tendió una de sus cuatro manos y tiró de él con fuerza.

— Sí, gracias. ¿Qué ha pasado?

Observó a la cleoptra retorcerse, sujeta por ambos extremos, mientras un hombre intentaba abrirse paso entre la maraña de patas para poder inyectar un tranquilizante en la piel amarillenta de su abdomen, dado que

las placas de su lomo, de un tono azul intenso muy brillante, eran duras como una roca.

Las cleoptras habían evolucionado en Mundo Agrícola a partir de ejemplares de ciempiés que llevaron allí para estudiar el comportamiento de diferentes especies terrestres bajo ese clima. El mayor ejemplar que se introdujo medía cerca de cuarenta centímetros. Las modificaciones genéticas, la gran disponibilidad de oxígeno de la atmósfera del planeta y la velocidad a la que se reproducían fueron determinantes para su crecimiento, pero fue el extravío de algunos ejemplares tras el accidente de la nave que los transportaba lo que marcó un punto de inflexión: libres en un mundo sin depredadores pero de escasos recursos, se reprodujeron luchando por lo que la agricultura daba de sí y alcanzaron descendencia de un metro y medio de longitud en apenas una veintena de generaciones. En la actualidad había ejemplares de dos metros. Su velocidad las hacía muy útiles como montura, y no se tardó en domesticarlas. Se desenvolvían bien entre los cultivos leñosos, que obstaculizaban el avance de los vehículos, y la gran articulación de sus cuerpos les permitía avanzar entre los hilos de una sola zancada sin comprometer la salud de las plantas.

— No tengo ni idea. Llevaba un par de semanas echa un ovillo sobre sus huevos, no se ha movido más que para llevárselos a la boca, pero hace un rato ha empezado a chillar como loca y a golpearse contra la puerta de su cuadra como si quisiera salir del establo, y cuando la moza ha ido a ver qué le pasaba, la ha embestido y ha huido.

— Putos bichos... Estas bestias son tan portentosas como imprevisibles. ¿La muchacha está bien?

— Creo que se ha roto la nariz. Ya debe estar camino de Artiga, un compañero se la ha llevado al hospital.

— Ha hecho bien. Luego me pasaré por los establos a que me contéis qué le han dicho. Espero que no sea nada.

— Sí, yo también.

El bryyo'mak se dio la vuelta y se inclinó para acariciar a la cleoptra, que había dejado de aullar y ahora solo respiraba hondo y pausado. El sonido de sus espiráculos al abrirse y cerrarse, similar al de la lengua cuando se separa del paladar, siempre le había parecido desagradable.

— Oye, G'ne, ¿qué ha pasado con los huevos?

— No he podido pasar al establo, así que no estoy seguro, pero se han roto algunos. Al echar a correr he visto que aún se le escurrían del abdomen. Imagino que el resto seguirán allí pegados.

— Qué mierda. ¿Puedes pedirle a alguien que los recoja tan pronto como pueda? Quisiera que naciesen todos los que están sanos, y con la cleoptra en este estado no sé si estarán seguros.

La cría de cleoptras era difícil. Cada puesta constaba generalmente de decenas de huevos, pero la herencia genética modificada y posteriormente

seleccionada daba lugar a un gran número de mutaciones incompatibles con la vida. La mayoría de fetos no eran viables, y los que llegaban a nacer no prosperaban después de un año. La esperanza de vida de la especie rondaba los ocho o nueve, y se consideraba que entre cinco y diez crías sanas constituían una buena camada.

— Claro, lo haré yo mismo.

Jack sonrió para darle las gracias y subió al porche aliviado. Las crías de una buena raza de cleoptras podían venderse por un buen precio, y Mundo Agrícola era el único lugar de la Federación donde podían conseguirse. Era un negocio lucrativo, pero aquella mañana tenía otros muchos que atender.

